

Mozart dio siempre con los secretos fuertemente identificativos de su estilo. De cómo lo conseguía puede resultar orientativo cuanto escribe algunos años más tarde: "sucede de igual modo que con mi nariz, que es tan grande y encorvada para que sea mozartiana y no de otra persona. No me empeño en la búsqueda de ninguna particularidad y tampoco sería capaz de describir la mía; seguramente será cosa natural que las personas se distingan, unas de otras, por su aspecto, tanto exterior, como interior. Al menos, se bien que yo mismo me he dado tan poco lo uno como lo otro".

Estamos, pues, ante el don, más que frente a "la larga paciencia"; ante el instinto seleccionador de cuanto encuentra la mente imaginativa hasta hacer realidad lo presentido: una música viviente que no pretendía anticipar el juicio de la historia, llamada a inundarla de luz y belleza perdurables; una música que renace cada día y cada siglo para alzar su vuelo por encima del tiempo.

ENRIQUE FRANCO

